

VIAJE A INGLATERRA

Por Santiago GENOVES

AL LLEGAR a Inglaterra, desde América, después de muchos años de haber estado ausente de Europa donde viví cuando tenía aún pocos años, sentí la impresión de no regresar, de no estar de vuelta y en un lugar o ante una variante de un pueblo más o menos conocido. Desde España o desde México, sabemos bien que existen diferentes circunstancias históricas, raciales y geográficas, que al reflejarse en el ambiente y la cultura caracterizan a los pueblos de Europa Occidental. No obstante se piensa que en cualquier punto en que desembarquemos, del otro lado del mar, que no sea África, estaremos en Europa. Pero no, al pisar Inglaterra no estamos en Europa, sino en Inglaterra. Los ingleses son lo más inglés que he visto o imaginado, lo que no se me ocurriría decir de ningún otro pueblo. Y siendo tan acendradamente ingleses son muy diferentes de todos los demás pueblos de Europa. Consciente o inconscientemente —y por ello lo percibe con tanta claridad el extranjero— el inglés es algo aparte.

Se dice, y tiene visos de ser cierto, que al dar el informe meteorológico nocturno —tan importante en Inglaterra, en donde el hablar del tiempo constituye una necesidad— el locutor de la British Broadcasting Corporation se expresó así: "Tormenta en el Canal de la Mancha: *el continente aislado.*"

Siendo los ingleses tan ingleses y tan tradicionales, se han adaptado sin embargo con gran rapidez a los trastornos que las dos últimas guerras y la pérdida de gran parte de su imperio han acarreado. Todavía he oído yo de chico decir en España: "¡Ese vive como un inglés!", refiriéndose a alguien que poseía capital y servicios suficientes para vivir sin trabajar apenas.

Hoy en Inglaterra, nadie "vive como un inglés" y será bueno recordar que todavía en el 54 estaban azúcar, carne y mantequilla racionados, y hoy es difícil, si no imposible, encontrar una sirvienta. Los ingleses, tan tradicionales —aunque ellos siempre dicen que los españoles lo son más— se han visto pues obligados a cambiar, por las causas mencionadas, algunas de sus formas. Y digo algunas porque en Inglaterra las formas y las formalidades no constituyen la superficie de una esfera que envuelve al meollo, sino que los términos casi se invierten, necesitándose muchos cambios de fondo para que los ingleses se decidan a alterar la formalidad exterior, al revés de lo que suele acontecer en la gran mayoría de las demás sociedades.

En cierta ocasión asistí en Cambridge a una cena a la que concurría lo más granado social e intelectual de los estudiantes de uno de los veinticuatro colegios que componen la Universidad. Eramos diez, un maestro y yo. Doce en total y la cena la ofrecían dos estudiantes. Todos los

alimentos se cocinaron sobre un inferniello de gas situado en el suelo casi a los pies de uno de los dos que invitaban. No había camareros y no podría decir que los alimentos fuesen exquisitos, pero sí, y sin ningún viso de sorna, que la cena lo fue, y se sirvió con perfección, sobriedad y valentía, sin exceso de naturalidad y sin que ninguno de estos adjetivos asombrase a los otros. Creo que al escribir entonces a alguien en México dije que fue "como cuando toreaba Manolete", y no encuentro ahora una comparación mejor. Se seguía pues cuidando la forma igual que hace setenta y cinco años, como parte integral del todo. De aquí la afinidad que en Inglaterra se siente hacia todo lo japonés, por su forma de vida y sobre todo por su religión. (La Sociedad Budhista de Londres es la mayor y más antigua de Europa.)

Indiqué antes que en Inglaterra se habla mucho del tiempo, lo que se debe a



"normas sociales democráticas"

dos razones. Una, que como siempre es malo —aunque no todos los ingleses lo admitirían explícitamente— se está siempre en espera de que mejore para poder hacer las mil cosas que se van acumulando y que en Inglaterra llegan a ser, para el extranjero —aunque no para el inglés— casi un ideal, por lo que es tema constante de conversación. La otra, la necesidad de hablar sin decir nada; esto es sin "committing oneself", pero entiéndase bien, con la preocupación constante, que llega a constituirse en hábito, de no hablar de aquellas cosas que sabemos o imaginamos que sólo nos interesan a nosotros. Nadie, nunca, me habló de su enfermedad, de sus problemas. X, y guardo su nombre, era un hombre sencillo, mozo de un laboratorio en el que trabajé constantemente durante más de dos años, a veces estando él y yo solos. A instancias mías me relató algunas de sus experiencias en el Extremo Oriente, en donde había pasado casi

cuatro años prisionero de los japoneses durante la última guerra. Ya a punto de partir me enteré, por tercera persona, que durante mi estancia había fallecido su padre y un hermano. Se dirá que esto es ir demasiado lejos, pero en cuestiones de delicadeza es difícil saber cuándo se peca por exceso. Y no son estos ejemplos casos aislados, sino que ejemplifican otros muchos de características semejantes, y me he referido a este último por tratarse no de un individuo de clase elevada o de esmerada educación académica, sino de un ciudadano sencillo y alegre.

Claro está que no hay que pensar que las mismas características aparecen igualmente marcadas en los diversos estratos sociales, e Inglaterra queda muy fuera de unos comentarios rápidos como estos, ya que aúna a un régimen políticamente de normas sociales democráticas, una estratificación social más delimitada de lo que actualmente se cree. Además, también varían las afinidades raciales y características individuales entre regiones como Gales, Inglaterra y Escocia. Que quede claro que Edimburgo está en Escocia, y Escocia en la Gran Bretaña, pero *nunca* en Inglaterra. El escocés tiene siempre cuidado de dejarlo bien sentado. Estas diferencias regionales, no obstante, se presentan en una forma —y por lo dicho anteriormente *son*—, de un carácter diferente al que se halla entre otras regiones de países de Europa. Fuera de lo que nosotros llamamos Inglaterra todos son Británicos.

Cito a continuación un párrafo de *How to be an alien*, libro instructivo y serio dentro de un tono humorístico y escrito por un extranjero que, después de vivir veintiséis años en las Islas Británicas, se siente tan inglés como el nativo. Es sin duda el libro más conocido por todo extranjero que resida allí por algún tiempo.

"... Fue así. Hace algunos años frecuentaba yo mucho a una señorita que se sentía muy orgullosa y consciente de ser inglesa. En cierta ocasión me dijo —dejándome muy sorprendido— si quería casarme con ella. "No", le respondí, "desde luego que no". Mi madre no quería que me casase con una extranjera". Me miró sorprendida y un



"muy diferentes a todos los demás"



"conocidas afinidades británicas de Proust"

poco irritada y respondió: "¿Yo una extranjera? Vaya tortería. Yo soy inglesa. Usted es el extranjero, lo mismo que su madre." Yo no cedí: "¿En Budapest también?", le pregunté. "En todas partes", respondió ella con determinación. "La verdad no está ligada a la Geografía. Lo que es cierto en Inglaterra lo es igualmente en Hungría, en Borneo, en Venezuela o en cualquier parte"...

Tiene lo anterior mucho de cierto en lo que se refiere al carácter inglés por lo que no necesita mayor comentario.

Madariaga en su libro *Ingleses, franceses, españoles* caracteriza a los primeros por el sistema que sintetiza la palabra *fairplay*, que designa la adaptación perfecta del jugador al juego considerado en su conjunto, rigiendo las relaciones del jugador con sus compañeros de equipo y también con su adversario, sin los cuales no sería completo el juego. "Su preocupación suprema —añade Madariaga— consiste en hallarse siempre por entero a disposición de su propia voluntad en el momento en que ésta ha de actuar sobre la naturaleza. A tal fin el inglés se organiza, se disciplina, se domina." De aquí la importancia que dicho autor le da al *self-control*, que quiere decir dominio de sí mismo, y que siendo una condición de acción producirá su filosofía y su ética, a partir del *fairplay*.

En los comentarios e ideas aquí transcritos se reflejan bien dos características: *fairplay* y *self-control*. Estas cualidades y normas de conducta tienen la virtud de despertar en los extranjeros que allí viven algunos años algo que es muy diferente de esa nostalgia de París que sienten los que allí han estado bastante tiempo, pues constituye algo más concreto (casi fisiológicamente funcional en lo que se refiere a las relaciones sociales) y que ya queda con nosotros siendo parte nuestra para siempre. Algo así como lo que ocurre con *En busca del tiempo perdido*, cuya influencia, no literaria sino de vida, se hace nuestra y ya no se borra. Tal vez tengan significado en este símil las bien conocidas afinidades británicas de Proust.

ARTES PLASTICAS

UN NUEVO ARTISTA: el doctor CARRILLO GIL

Por Justino FERNANDEZ

UN CASO extraordinario en el campo del arte contemporáneo es el del conocido coleccionista y "amateur" Dr. Alvar Carrillo Gil. Es un caso en que puede seguirse el proceso de un auto-descubrimiento, desde lo más profundo de la personalidad hasta encontrarse y encontrar su propia manera de expresión. Es un caso que hace pensar en la recuperación del tiempo perdido (nació en 1899; comenzó a pintar a los 50 años), que es tanto como decir, en la conquista de la propia juventud sin importar desde cuando se parta hacia ella. Por haber logrado expresarse artística y adecuadamente, podemos decir que se nos ha revelado un nuevo artista mexicano, cuyo lugar de origen es la bella y legendaria tierra yucateca.

Hasta donde mis conocimientos alcanzan sé que hace ya muchos años el Dr. Carrillo Gil empezó a coleccionar pinturas y dibujos de Orozco, llegando a formar, con insistencia y positivo esfuerzo, la espléndida colección que hoy posee y de la que ha publicado su catálogo en dos volúmenes de excelente presentación; pero, no se limitó a incluir sólo aquellas obras coleccionadas sino que amplió la información gráfica y literaria sobre otros aspectos de la obra de Orozco, con todo lo cual ha hecho una contribución importante al estudio del gran pintor.

Con el tiempo y por su interés en el arte, el Dr. Carrillo Gil enriqueció su acervo con obras de Rivera, Siqueiros y

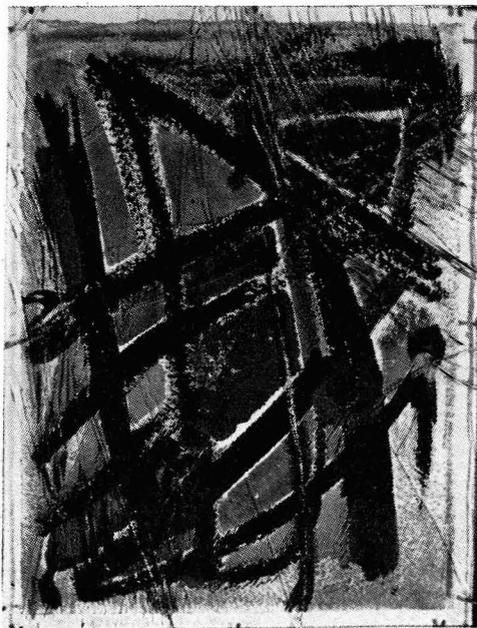
otros pintores mexicanos. Las actividades del Dr. Carrillo Gil se han extendido a la crítica de arte y ha logrado formarse un criterio de verdadero conocedor, adquirido en sus frecuentes viajes al extranjero, donde ha estudiado especialmente la pintura contemporánea, que conoce con amplitud y detalle. Como coleccionista ha permitido que se exhiban las obras de su propiedad en diversas ocasiones, tanto en México como en el extranjero.

He juzgado necesario hablar de esos antecedentes del Dr. Carrillo Gil porque en su intenso interés por el arte le surgió el deseo vivísimo de probar sus propias fuerzas en la pintura. Y lo ha realizado, al principio con alguna timidez, mas poco a poco ha adquirido confianza en sí mismo.

Fruto de su primera etapa de pintor fue la exposición que presentó en 1955 en la Galería de Arte Mexicano, en relación con la cual publicó un catálogo de sus pinturas, 1950-1954; allí, en el texto que le precede, cuenta el artista, con gracia y con cierta modestia, sus experiencias de "aficionado". Es un hecho que encontró en la pintura "un verdadero placer espiritual", y puedo asegurarlo porque toda su actividad y sus pinturas mismas lo revelan. Nadie dedica voluntariamente gran parte de su vida a algo que no sea un gusto y un interés auténticos. Además, dice qué es lo que le ha interesado principalmente: el arte infantil; los "artistas de domingos" y los "primitivos modernos"; el arte abstracto; el cubismo y el futurismo; el "expresionismo abstracto"; y agrega: "el arte abstracto y esa alquimia diabólica del cubismo me seduce por ser el ejercicio de la imaginación y de la inteligencia; además, para los que no sabemos dibujar es una vía ancha y llena de agradables hallazgos plásticos..."

Todo lo anterior muestra claramente la autoconciencia del Dr. Carrillo Gil y la sinceridad de sus aficiones estéticas, si bien resulta curioso que sus inclinaciones sean por el "arte abstracto", en sentido general, no obstante su largo trato con artistas como Orozco, Rivera, Siqueiros y sus obras. Por otra parte muestra también su universalidad, puesto que es capaz de gozar y estimar obras y corrientes artísticas de muy variados tipos. En todo caso, no podía tener mejor escuela que el desarrollo histórico del arte contemporáneo.

Y así se ha ido formando, esforzándose por expresarse. Su primera exposición (1955) fue reveladora por sincera. En su autorretrato y una serie de primeras pinturas está presente esa libertad que "les fauves" llevaron a gran altura, y un "expresionismo" que mira hacia este o el otro pintor; los temas eran variados, líricos, bíblicos y hasta trágicos, aunque también incluyó algunos asuntos mexicanos. La "naïvité" de los primeros tiempos fue encauzándose más y más en composiciones en que la complicación geométrica es evidente, en ocasiones logrando finos equilibrios tanto de líneas como de colores; una de las pinturas, "Nostalgia", era verdaderamente un cuadro, bien organizado y de sentido dinámico. Claro está que en aquella primera exposición resonaban los recuerdos más variados de



"pintura sobre vidrios rotos irrompibles"